

Consumatum est

Martha Chapa

Si bien la beatificación de Juan Pablo II corresponde a un ritual de carácter religioso, es imposible ignorar que la política ha tenido una influencia determinante en este hecho.

El mundo católico celebra que se haya reconocido las virtudes de Karol Wojtyła, pero también advierte que el proceso no ha estado exento del pragmatismo político más allá de los linderos del Vaticano.

En el caso de México, como ocurre en otros países, es muy fácil verificar tal dimensión. Cabe anotar que no es un fenómeno reciente, pues forma parte de un conjunto de conductas sociales que se comenzaron a manifestar desde el primer viaje que hizo a nuestra tierra del hoy beato, hace más de 30 años.

En efecto, aquí fuimos testigos del manejo que le dieron a la presencia de Juan Pablo varios de nuestros presidentes en turno, lo mismo con la intención de mejorar la imagen de sus respectivos gobiernos en medio de crisis económicas recurrentes, que con el propósito de mantener una buena relación con la influyente Iglesia católica. Se llegó incluso a una especie de esquizofrenia política, pues el carácter laico del Estado mexicano que establece nuestra Constitución fue ignorado y transgredido en diversas ocasiones. Fueron varios los gobiernos que en su momento aprovecharon a su favor –y con un trasfondo electoral– la popularidad avasalladora del papa, quien visitó México en cinco ocasiones, la primera, en 1979.

Nos referimos a gobiernos tanto priistas como panistas. Imposible olvidar, por ejemplo, que José López Portillo llegó incluso a celebrar una misa en la residencia oficial de Los Pinos, o que Vicente Fox no tuvo empacho en arrodillarse, con su esposa Martha Sahagún, frente al representante de los católicos, sin importarles que con ello quebrantaba al Estado laico y lo subordinaba a sus creencias personales, por más respetables que éstas fueran. Sin hacer demasiado esfuerzo de memoria podemos recordar otros hechos en este mismo contexto, tanto en el caso de Carlos Salinas de Gortari –principal promotor del acercamiento entre el Estado mexicano y el Vaticano– y de Ernesto Zedillo, como del presidente Felipe Calderón, quien sin pensarlo demasiado decidió viajar a Roma para asistir

a la ceremonia de beatificación de Juan Pablo II, un acto, por donde se le vea, meramente religioso.

Otras tantas vicisitudes ocurrieron durante el largo pontificado de Wojtyla. Destaca el escandaloso caso de Marcial Maciel, líder de los Legionarios de Cristo, a quien el papa defendió a pesar de que, ahora no hay la menor duda –y al parecer entonces tampoco–, Maciel fue un pederasta depredador que provocó graves daños que no han sido aún superados ni restaurados, mismos que, por cierto, lastimaron en buena medida a la sociedad mexicana.

Desde luego, un hecho de suma importancia que debemos tener presente como preámbulo de la beatificación de Wojtyla, fue la decisión de elevar a los altares con pleno reconocimiento al indígena mexicano Juan Diego.

Hoy seguramente se revivirán muchos recuerdos del carisma del papa de origen polaco. Por ejemplo, su proverbial frase “México, siempre fiel”. O aquella exclamación que tanto gustó por acá: “Ahora soy mexicano”. O cuando, poco después de aterrizar en nuestro país, se postró y besó tierra mexicana y se puso un sombrero de charro.

Pero no todo es admiración y veneración, pues sectores liberales dentro y fuera de su propia iglesia tienen presentes su rechazo a la teología de la liberación, su negativa a una mayor participación de la mujer en la liturgia católica y otras cuestiones doctrinales que se consideraron posiciones claramente de derecha, lejanas a la justicia social y a la equidad entre los pueblos del mundo.

Pero más allá de estas interpretaciones de unas y otras tendencias, existe un reconocimiento a la lucha de Wojtyla desde mucho antes de que fuera erigido como líder religioso del catolicismo, por su postura abierta contra el totalitarismo en los países socialistas. Incluso puede afirmarse que su posición en este sentido contribuyó en buena medida al derrumbe del Muro de Berlín a finales de los años ochenta.

Ahora la Iglesia católica acaba de beatificar, en una ceremonia que fue seguida por millones de personas en el mundo, a ese papa a quien tanto se asoció con los viajes, con los medios de comunicación, con toda una estrategia de persuasión y propaganda que llevó sus valores e ideas a todos los rincones del planeta. Los efectos fueron contundentes y, para muchos, positivos, si bien otros cuestionan las posiciones y directrices del papa viajero, ahora beato en vías de canonización.

Más allá del legítimo debate sobre las virtudes, defectos y omisiones del polémico papa fallecido hace seis años, nos quedamos con una de sus frases, con la cual difícilmente alguien puede estar en desacuerdo: “No hay verdadera paz si no viene acompañada de equidad, verdad, justicia, y solidaridad”.

enlachapa@prodigy.net.mx

www.marthachapa.net

¿NOS INVADEN DE NUEVO LOS GACHUPINES?

Daniel Dueñas

Preocupa a los patriotas lo que en muchos centros sociales, industriales, financieros y culturales se habla, de una segunda invasión gachupina, ésta no por medio de la tizona asesina y la cruz adormecedora, no por una lengua unificadora, no por las cadenas y grilletes de la esclavitud, tampoco por otro virreinato cerrado y ciego que nunca entendió lo que tenía a la mano, interesado únicamente en la obtención del oro y la plata inútilmente gastados en las guerras de la corona en los países bajos europeos. No, no se trata de nada de los desfases de la otrora España imperial, la invasión que hoy nos afecta es, por así decirlo, sofisticada, la de una España que busca la riqueza no por medio del mandoble, sino por el cambio de la economía, de los negocios y, como veremos adelante, los contratos para las obras públicas.

Y es precisamente por ello que alzan la voz de alarma a la mitad del foro patrio, los que anuncian la nueva invasión en proceso y funcionando, avanzando, como aquellos gigantes galeones cargados de la plata mexicana, desplegando todo el velamen, surcando los mares mexicanos del turismo levantando posadas en todos nuestros litorales, como es el caso de Cancún, donde reinan a su antojo, como también lo hacen en la mayoría de los moteles, los famosos, necesarios, hoteles de paso, en todas las zonas urbanas del país. Ahí en esos hostales de constante entrada y salida, los Venancios de hoy en día, repito, llenan las talegas con el dinero producto de los ímpetus hormonales de los mexicanos que ahí los liberan.

Ahora, si volteamos los ojos a negocios en verdad grandotes, qué le parecen los bancos ibéricos y, peor aún, los nacionales adquiridos por ellos, merced a las antipatrióticas subastas que el gobierno llevó a cabo, de la ahora sí banca en bancarrota, fenómeno causado por las pillerías de una mesnada de banqueros locales, que llevaron, para su provecho, a una desgracia financiera que terminó en el Fobaproa y que seguimos pagando todos y cada uno de nosotros, merced a ello, pues, se remataron los bancos adquiridos por la nación, participando y llevándose el pastel, instituciones financieras foráneas, entre ellas españolas adquirientes de, entre otros, el segundo banco más importante del país, Bancomer, no lograron quedarse con Banamex, debido a la cantidad de billetes que ofreció el gringo City Bank.

En el rubro de las tiendas de autoservicio, en esas grandes cadenas que invaden el territorio nacional, resultado macro de las otrora tiendas de abarrotes y ultramarinos, fundadas por los Venancios originales, esos trabajadores incansables que dormían encima del mostrador, que fiaban a los vecinos con altas tasas de interés, famosos por haber logrado el milagro de convertir los kilos a ochocientos gramos. Pues bien, ahí tiene usted los Gigantes, Aurrerás, Comerciales y demás, un tanto penetrados por los supermarkets gringos, pero aun en manos de los herederos del Venancio original, quienes después de varias generaciones de haber visto las primeras luces en estas hospitalarias tierras, no dejan de cecear al hablar. Ni hablar de los monopolios en los centros hospitalarios privados, parte de la telefonía celular y, por supuesto, la industria editorial y lo que usted sabe qué agregarle.

Pero todo el rollo anterior, el cual usted hartó conoce, se debe al accidente del derrumbe escandaloso en las obras de la continuación del segundo piso del periférico defeño que estuvo a punto de causar daños físicos a quienes por sus costados transitan, poniendo en peligro la propia vida del chef du gouvernement ciudadano, Monsieur Marcel Ebrard, que ahí se encontraba revisando el progreso de la obra, responsabilidad dada por él a una empresa constructora gachupina, experta en la erección de obras de tal magnitud, superando con experiencia y técnica a cualquier constructora totonaca.

Sorprendido por ello, me pregunto: ¿De veras no existen en México quienes puedan llevar a cabo tal cometido? Recuerdo que cuando se hizo la autopista México-Cuernavaca, en España sólo existían caminos vecinales y una que otra carretera de un carril, entonces,

caramba, de dónde nos salen y con qué pretexto lógico arguyen para otorgarle a la constructora gachupina tamaño contrato. ¿Acaso los bloques de concreto prefabricados los producen en Badajoz y no aquí? ¿Son mejores los ingenieros allá? Como que Monsieur Ebrard olímpicamente olvida a los egresados de la UNAM responsables de las magnas obras hidroeléctricas, de las carreteras que cruzan el país, responsables de toda su infraestructura, regresándonos al siglo XVI cuando los curas diseñaban los acueductos y las iglesias y nosotros los nativos las construíamos con nuestras manos, porque los que se rompen el lomo en ese segundo piso periférico, son los totonacas, Monsieur Ebrard.

Como ve usted, indignado patriota, con los malinchistas que pululan en las altas esferas gubernamentales, lo de la segunda invasión gachupina, no es un mito.

La culta polaca

Por Supuesto

Los chilangos subsidian a los mexiquenses

Mal empieza don Mario Delgado su campaña para aspirar a la Jefatura de Gobierno del DF.

Porque después de haber estado al frente de las finanzas del DF y tras su desempeño casi virtual de Secretario de Educación capitalino, pues es el gobierno federal el que controla estos asuntos, en unas declaraciones a los medios condenó a todos los capitalinos a seguir pagando *In saecula saeculorum* el impuesto de la tenencia de vehículos, aunque con otro nombre.

Las “razones” para mantener tan impopular e inconstitucional impuesto, digan lo que digan los señores ministros de la Corte Suprema, son de tipo humanitario, democrático y *robinjudesco*, según el financiero y educador Delgado.

Como pagan más los que más costoso vehículo tienen, es equitativo y proporcional, ya que con lo recabado se subsidia el transporte público de la capital: Metro, Metrobús, autobuses especiales, combies y taxis, ya que a estos últimos se les impone una tarifa que es la más baja del país.

¡Qué maravilla!, podría decirse. ¡Qué gobierno tan considerado, *robinjudesco*, *chuchorrotesco* y *malverdesco*, que le quita a los ricos para darle a los pobres capitalinos...!

Nada más que allí está el pero... ¿Se beneficia a los capitalinos con el subsidio o a los mexiquenses, que día a día se trasladan de la periferia del DF a los centros laborales, educativos, culturales, comerciales, médicos de la Ciudad de México, porque en la capital hallan las fuentes de trabajo, de educación, de salud o recreación, que el gobierno del estado de México no les puede dar a sus gobernados.

Los capitalinos verdaderos, los que en la Ciudad de México vivimos y cotizamos desde el predial hasta la tenencia vehicular no llegamos a ser 10 millones de habitantes, pero los otros 10 u 11 millones que hacen del DF la región más poblada del mundo, previenen del Edomex, que allá duermen, pagan su predial, su luz, su agua, sus impuestos locales, pero se sirven del agua, la luz, los transportes, las vías de circulación, los teléfonos, las calles, las escuelas, las instituciones médicas y culturales y sobre todo las fuentes de trabajo, que pagan con sus impuestos los chilangos.

Pero como estadísticamente el estado de México tiene más habitantes, pues allá duermen los que pululan en el DF de día, a la hora de repartir el presupuesto federal se lleva la mayor tajada del pastel el Edomex y se castiga a la capital del país, porque supuestamente tiene menos habitantes que atender. Así que más bien con el dinero del pobre DF se subsidia al rico estado de México, por lo que no es extraño que un copetudo aspirante a la Presidencia haya hecho tanto dispendio en su campaña preparatoria de recuperación de Los Pinos.

¿Casualidad o coincidencia?

En las reiteradas recordaciones de los diez años de terrorismo (¿terrorismo?) con que nos aturdieron los medios de comunicación, con motivo del ataque a las torres gemelas de Nueva York, algo quedó de manifiesto: que el proyecto escultórico monumental conocido como Estela de Luz, premiado por quién sabe cuántos expertos en artes visuales, se parece demasiado –¿por casualidad, por coincidencia?– a uno de los primeros homenajes que se hicieron a las torres caídas, para levantar a George Bush.

En los primeros años de remembranza, cuando se ideó la Zona Cero, alguien decidió recrear con cañones de luz el perfil de las Torres Gemelas, que hicieron imaginar que seguían en su sitio las mencionadas torres, como unas gigantescas paletas de coco, que parecen haber sido la inspiración del arquitecto César Pérez Becerril y equipo que le acompaña, quienes se “llevaron” el premio a la obra conmemorativa de las fiestas del Bicentenario y el Centenario y que originalmente iba a ser un “arco triunfal” (del decenio panista).

Se supone que este fin de año, luego de quince meses de atraso, entregarán la obra y se inaugurará con gran despliegue de las autoridades federales y tal vez de las capitalinas, al fin que Felipe y Marcelo ya se dieron el *Abrazo de Acatempan*, al tomarse la foto juntos.

Entonces todo mundo se dará cuenta de que en efecto el ínclito ganador del concursazo, César Pérez Becerril, lo único que hizo fue adaptar la escultura de rayo láser de Nueva York a un concepto material, que en recuerdo de la obra “inspiradora” tuvieron la relativa honestidad de llamarla Estela de Luz, aunque hecha de mármol y titanio, con decoraciones de láser y pedrerías, para tratar de darle una variante.

Es como si algún otro “artista” presentara a concurso un obelisco, aunque ahora de cuarzo. ¿Un experto se dejaría envolver en la trampa?

Hagan su apuesta, señores...

¿Adónde irá Calderón?

Allí les va un buen tip para los señores casineros (parece que así se les llama a los dueños de casinos) Azcárraga y Hank: pongan a la atención de los ludópatas el acertijo de premio mayor: ¿Adónde irá Calderón cuando abandone Los Pinos?

Salinas de Gortari se fue por el mundo y terminó en Cuba; Zedillo huyó a Estados Unidos, Fox tuvo el cinismo de ir a habitar Foxilandia, pero Calderón ¿adónde irá? ¿Irá a Estados Unidos a cobrar sus bonos de buen comportamiento, al fin que habla mejor inglés que Fox? ¿Viajará a España, aunque no hable bien el idioma, porque eso del “haiga” quién sabe si se lo soporten los académicos madrileños? ¿Se hará asesor de Repsol o cobrará sus buenas ligas con Mouriño?

Hagan sus apuestas, pagaderas luego del 22 de diciembre, pues si se acaba el mundo, para qué pagar antes... ¿Con quién irá Calderón: con melón o con sandía?

Valor, determinación y coraje

Muy actuario, muy economista de la universidad patito de Pensilvania, a lo mejor hasta sabe inglés Ernesto Cordero, que dejó la Secretaría de Hacienda para aspirar al cargo de chivo (no cordero) expiatorio del PAN en los próximos comicios presidenciales.

Lo que queda claro es que si no es bueno para las cuentas (en vano las clases en el ITAM y en Pensilvania), pues aseguró paladinamente que con \$6,000.00 mensuales se puede vivir bastante bien, tampoco sabe nada de español, ni siquiera los asesores que le hacen los discursos y los que “cuidan su imagen”.

Porque al abrir su campaña, el señor aseguró 18 veces durante su alocución que se iba a guiar por un lema que acababa de inventar: “Valor, determinación y coraje”. ¿Nadie le pudo aconsejar al ignaro ex Secretario de Hacienda que en español coraje significa enojo, disgusto, enfado y que en francés *corrage* o en inglés *courage* precisamente quieren decir “valor y determinación”?

Menos mal que el pobre no tiene posibilidad alguna de llegar a gobernar al país, ni con todos los trucos del “haiga sido como haiga sido”, porque ya tuvo México un presidente corajudo, un tal Díaz Ordaz, enojado con la vida, disgustado con los jóvenes y enfadado con los intelectuales y ya se sabe cómo le fue al país.

Y si tomó del anglicismo *courage* –está difícil que sepa francés– el significado de “valor y determinación”, resulta que durante 18 veces el señor aseguró que su lema sería “Valor y determinación y valor y determinación”, tautología que de antemano hace pensar que se inclinaría por dar “más pan con lo mismo”. Y ya estuvo bien, ¿no?

Ahora que ya se desató Cordero, se entenderá porqué nunca apoyó la iniciativa de La Culta Polaca en el sentido de derogar el IVA e imponer el IDA, el Impuesto al Disparate Agregado, que sólo entre funcionarios de alto nivel –a \$100.00 por disparate– permitiría una recaudación extraordinaria, superior al 16%. Pero, pues cómo, si Cordero habría sido uno de los principales contribuyentes...

Abuso del SAT

Con la plena complacencia del Secretario de Hacienda en turno –léase Ernesto Cordero–, poco antes del Día del Informe, se utilizó el SAT (Sistema de Administración Tributaria) para llevar a los afligidos contribuyentes por medio de internet un verdadero SPAM, porque tal fue el comercial del señor Calderón sobre la magnificencia de su obra de gobierno.

Al buzón digital y sin haber solicitado esa propaganda llegaba un correo con la etiqueta del SAT, que siempre es bueno atender, no vaya a ser que le estén cobrando al contribuyente por algo que no ha hecho o dejado de hacer. Así que con azoro se abrió el correo-e y se encontraba el llamado causante, con una sanción peor que las de Hacienda: el mensajito del señor Calderón en el que decía que las cosas no son como las ve el ciudadano, sino como las pinta el autollamado “Presidente de México”.

Se supone que el SPAM está prohibido, que es un delito cibernético y que se constituye cuando a un usuario que no ha solicitado información de tal producto o tal servicio, se le introduce en su computadora un mensaje comercial, con lo que se viola la privacidad del ciudadano y se incurre en violaciones a los artículos X, Y y Z, de tal Código o tal reglamento.

¿No abusó el señor Calderón e incurrió en artimañas para que la gente abriera los correos SAT y se enterara del correo presidencial que de otra manera enviaría directamente a la Papelera de reciclaje? ¿Y el señor Cordero no prestó una dependencia del gobierno para fines electorales o de promoción política? ¿Ninguno de los dos siquiera es “presunto culpable”?

¡Viva México! ¡Vivan los héroes que nos dieron impunidad!

Encuestas mañosas

Ahora resulta que pese a todos sus errores y a los nulos aciertos, aunque se le haga creer que es “el mejor alcalde del mundo”, Marcelo Ebrard goza de las máximas preferencias de los ciudadanos del DF y que López Obrador, no obstante sus exitosas giras por todo el país queda muy por abajo en el ánimo popular, según una agencia de encuestas que fue la misma de Jesús Reyes Heróles, que empezó a hacer aparecer en el papel –por lo menos– al gris candidato Calderón, cuando que todo hacía suponer que quien estaba al frente en las preferencias era el tabasqueño López Obrador.

“La historia vuelve a repetirse”, indicaba el tango hace años con intención profética y hoy parece que el jefaturo de Marcelona sigue las mismas mañas sucias de quien asumió el poder pero no logró la autoridad en el DF, en contra del mismo rival.

¿Quién avala estas encuestas, que se antojan muy mañosas, sobre todo si se trata de extrapolar a toda la población nacional o siquiera a la del DF, de 9 y medio millones de habitantes? La Maestra Ana María Flores, Dra. en Matemáticas, que hace 40 o 50 años realizaba encuestas probabilísticas matemáticas, cuando la población en México era de 40 millones de habitantes, mandaba entrevistar a 25 mil personas para poder extrapolar a todo el país la opinión manifestada por los encuestados. El muestreo era verdaderamente científico, pues no eran elegidas las personas, sino que se dejaba al azar cuáles podrían responder.

Hoy los encuestadores eligen a los que tienen teléfono y sobre todo a los que contestan, lo que vicia de origen su representación y con un millar de personitas, en el mejor de los casos, nos aseguran que va en punta tal o cual candidato o tal o cual prospecto, que casualmente es el mismo que pagó por la encuesta.

¿De veras la población nacional o siquiera la del DF cree que Marcelo el izquierdista a modo tiene tamaños para Presidente, dadas las condiciones caóticas en que tiene a la ciudad, por andar perforando aquí y allá, darle rienda suelta a los ciclistas y obligar a pagar impuestos prediales exagerados, tarifas de agua desproporcionadas y ofrecer tan malos servicios de alumbrado, asfaltado y atención médica?

Desfile intimidante y disparatado

Aunque los panegiristas del régimen, medios y opinantes, quisieron presentar el desfile militar del 16 de septiembre como una fiesta popular en la que se manifestó la admiración a las fuerzas armadas, la realidad es que se quiso mostrar a los consentidos del régimen, soldados y policías, como una fuerza intimidante, no contra los narcotraficantes, que deben haberse regocijado con la pobreza de las armas exhibidas, pues seguramente las suyas son más modernas y poderosas, sino contra la población civil que llega a desarrollar protestas.

Para comenzar deben haber amenazado gravemente a los demandantes que se habían instalado en la plancha de la Plaza de la Constitución que fueron removidos de la

noche a la mañana, no porque les hayan resuelto sus demandas, sino porque “o copelan o coello”.

Pero, además, como en todos los años, los locutores y los supuestos asesores militares o los comunicadores castrenses, abundaron en el disparate acostumbrado, al calificar de “contingentes” a los grupos o destacamentos que desfilaban, no que participaban en la “parada”, porque no se detuvieron sino que avanzaron a la orden de sus jefes, que es lo que en español significa parada, del verbo parar y no del anglicismo *parade*, que simplemente significa desfile en inglés.

La burrada de siempre es llamar “contingente” a un grupo o destacamento militar, porque “lo contingente” es lo azaroso, lo que puede ocurrir o no, y ninguno de los soldados que participaron se presentaron por casualidad o eventualidad, sino porque en obediencia a órdenes superiores tuvieron que acudir, como profesionales de las armas que son y eligieron ser.

¿De dónde viene el equívoco? Seguramente de la costumbre que en España tuvieron –semejante a la de la “leva” porfirista– de nutrir de nuevos elementos a sus fuerzas armadas por medio de la arbitrariedad de reclutar por la fuerza a quienes no querían ser soldados. Llegaban las fuerzas regulares a una población y hacían formar a los que tenían entre 18 y 30 años y azarosamente iban eligiendo a uno sí y a otro no, por tener una estatura baja, por ser muy esmirriado o demasiado obeso. Se llevaban a los que creían más aptos para recibir instrucción militar e incorporarlos luego a las fuerzas armadas. Así llegaban a otra población y se distinguían los grupos profesionales de los elegidos azarosamente y la gente llamaba a estos los contingentes, por su carácter nada voluntario.

Pero los militares o los deportistas que participan en un desfile al que fueron convocados y asisten voluntariamente o porque para eso les pagan, no son ni pueden ser contingentes, ya que no es por azar que están allí.

La bronca Ebrard-Martí Bartres

Despido a Martí Bartres, no porque quiera incondicionales, sino porque si no está de acuerdo conmigo, no tiene nada que hacer en este gobierno, fue más o menos la explicación de Marcelo Ebrard al despido abrupto de su Secretario de Desarrollo Social, probablemente

el más consecuente izquierdista de su gabinete, quien jamás abjuró de su cercanía con López Obrador.

¿Qué creará Ebrard que significa “incondicional”?

Porque su “filosofía” de que “el que no está conmigo está en contra mía”, es la mejor demostración de que quiere incondicionales en su torno. Al parecer lo que hizo Martí, aparte de manifestar su intención de competir por la Jefatura de Gobierno del DF, en oposición al candidato de Marcelo, Mario Delgado, fue recordar que había un acuerdo de la directiva del PRD en el sentido de no convalidar a Calderón con un saludo o con tomarse la foto junto a él. Marcelo, además, había prometido que sólo le saludaría cuando dejara la Presidencia, que no le correspondía. Martí, como compañero de partido, no como funcionario del gabinete de Ebrard, tenía todo el derecho de reclamarle que respetara un acuerdo superior.

Lo hizo en los años anteriores: siempre escabullía el bulto cuando llegaba el momento de que los gobernadores o los políticos se formaban para saludar a Calderón. Honró algún tiempo su compromiso, pero comenzó poco a poco a acercarse al ocupante de Los Pinos, hasta que cedió a la tentación de ser avalado por el panista como un juicioso y nada rencoroso militante del PRD, a diferencia del rencoroso de López Obrador.

Lo que más llamó la atención, luego del escándalo generalizado, fue la inclinación por los medios, incluso los izquierdosos, hacia Marcelo Ebrard, que es quien reparte la publicidad y se hace anunciar en radio y televisión y en cambio el silencio en que envolvieron las argumentaciones de Bartres. Las declaraciones de Martí no fueron objeto del interés de los medios de comunicación y sí en cambio se le denostó, sin oportunidad de réplica.

Más o menos lo que le ha sucedido a López Obrador, a quien atacan y no le dan oportunidad de replicar, los conductores que parecen esmerarse en demostrarle al gobierno que no tienen simpatía por AMLO. No les vaya a pasar lo que a Gutiérrez Vivó, a quien los funcionarios del gobierno calderonista y antes los foxistas, acusaron de ser simpatizante del tabasqueño.

Y ya ven cómo lo llevaron a la ruina y de paso a todos sus colaboradores, a quienes también mañosamente el próspero periodista dejó de pagar alegando ser víctima del gobierno, aunque se fue con sus millones a otra parte.

CARTA A MI AMIGO CARLOS FLORES

Roberto López Moreno

Esta carta viene de Italia, Carlos, la escribí en la ciudad de México pero viene de Italia, como de allá vinieron las primeras arias operísticas que nuestros abuelos no vieron ni escucharon porque estaban cosechando bajo el inclemente sol de don Porfirio, porque estaban dejando el alma, las manos y la espalda en los surcos.

Nabucco, Verdi, El coro de los esclavos, Ricardo Muti, su patriótica batuta y el sonido todo no de Italia, del mundo, fluyendo hacia el interior sanguíneo, donde hay profundas emociones. Sacude hasta los huesos el video que me enviaste esta tarde, lamento al viento, que de do a si, prende en el pecho de los pueblos y sacude a los tiranos (los matan de miedo la música y la danza).

¿Para qué la poesía si no para estas cosas, si no para estos casos en las que nos va a los pueblos el corazón entero?

Que los que suman y restan y multiplican para dividir, dividir siempre, reciban el desprecio de Verdi en pleno rostro, y sea nuestro también, este desprecio que conduce la batuta de Muti en buena hora, y así, hasta que un día la tierra cante. Hasta hoy, sólo los poetas han cantado con el torrente silenciado, con el ave amordazada, con el viento en cautiverio, con el fuego roído en las entrañas, con su mitin reprimido, con su huelga fusilada.

Pero cuando *Va pensiero* sea cantado, sin cadenas, por todos los habitantes de la tierra...

Nosotros, los Dioses de nosotros mismos, Nosotros, sin el beso al senador ni el relicario al presidente.

Sin el beso en la mejilla del Diablo.

Nosotros, el hombre, habrá salvado el paraíso que le han arrebatado aunque en él viva.

Saludos, Carlos. Gracias por el video.

BARRIGA LLENA

Ignacio Trejo Fuentes

Para Martha Chapa y Alejandro Ordorica

Aunque nací en Pachuca, Hidalgo, viví mis primeros cinco años en Tlachichilco, Veracruz, pueblo montado en la sierra, si bien vecino de la Huasteca. La razón: mis padres y hermanos menores vivían ahí. Mas tarde, regresé a la Bella Airosa, donde concluí la primaria e hice la secundaria y la preparatoria. Al terminar ésta me trasladé a la ciudad de México, para estudiar periodismo en la UNAM, y desde entonces me volví vagabundo profesional: le he dado varias vueltas a todos los estados del país y he viajado mucho por el extranjero.

Estos datos vienen a cuento porque debo hablar de la comida, de mi experiencia culinaria.

En Tlachichilco, pueblo entonces rabón, se comía lo que en todas partes: carne de res y de cerdo que los matanceros ofrecían dos veces a la semana. Y pollo, por supuesto. Los almuerzos consistían invariablemente en carne con enchiladas, tlacoyos, molotes (me fascinaban -me siguen fascinando- los de sardina a la mexicana) y huevo en salsa. A la hora de la comida había una variedad notable; recuerdo el mole de guajolote, los chiles rellenos en caldillo, y en ocasiones especiales filete de venado (cuando había: ahora ha desaparecido) o de jabalí (también extinto). No faltaban las truchas que los vendedores casi regalaban. Un prodigio eran -son- las acamallas (langostinos de río), que sus captores vendían por *medida* (una lata de sardinas comercializadas) también a precios irrisorios.

¡Ah, y los huevos de toro! (llamados en otros lados, eufemísticamente, criadillas). Los ganaderos del pueblo solían convocar a la gente cuando debían capar (emascular) sus toros y toretes, y era una fiesta, porque decenas de estos eran lazados por jinetes, y otros ayudantes les cortaban los huevos y los depositaban en calderos hirvientes para luego hacer un mole aguado sensacional, y como siempre sobraban más de los que los concurrentes podían comer, cada quien se llevaba una buena porción a casa, para prepararlos de distintas maneras. Luego de capar a los animales, los vaqueros utilizaban el escroto (¿?) para hacer forros de las cabezas de las sillas de montar. En la cantina La

Ópera preparan muy bien las criadillas, y quiero contar que hace muchos años fui cliente asiduo del lugar, e invariablemente reclamé que las hicieran al chipotle, hasta que lo conseguí.

Lo que sigue no tiene nada de exquisito, pero me resulta curioso: desde niño exigí en casa de mis padres que cuando mataran y cocinaran pollo reservaran para mí las mollejas, cosa que se acató sin averiguaciones, y aun cuando me separé de mi familia, cuando iba de visita, se seguía la regla: las mollejas eran para mí. Hasta la fecha, cuando voy al pueblo, mis hermanas y sus ayudantas me guardan esas vísceras.

Aunque sé que cada quien dice lo mismo al respecto, juro que no he probado mejor mole de guajolote que el de aquella región. También los tamales son únicos (y he probado tamales en toda la república; y ahora, cerca de mi casa defeña hay una tienda de tamales Flor de Liz, pero ni estos ni los oaxaqueños ni ningunos otros me gustan tanto como los veracruzanos [sólo en Taxco encontré algo parecido]).

¡Pero cómo iba a olvidarme del Zacahuil! Es el máximo manjar del mundo. Es un tamal gigante, compuesto de una especie de mole y nutrido de carne de res, de puerco o de pollo o de los tres; se envuelve en hojas de platanar y se pone en hornos de barro. Se utiliza en fiestas, pero se comercializa y se vende por raciones acompañado de frijoles de la olla; pero claro, el zacahuil comercial resulta casi siempre ralo (excepto en la Huasteca, donde siempre es un agasajo con todas las de la ley). Sólo se consume en aquella región, no se le encuentra ni siquiera en el sur de Veracruz.

(Hay, en aquella zona, un aguacate silvestre llamado *pagua*; se da sólo en el mes de agosto, y poco tiene que ver con los demás aguacates que conocemos (el Hass, por ejemplo): su cáscara es rugosa, pero su carnosidad parece crema de la mejor: para dioses. Yo suelo comerla sólo con sal y con tortillas recién salidas del comal (en casa de mis padres las tortillas se hicieron siempre a mano, con la masa de nixtamal que se preparaba y molía ahí mismo, al igual que el café.)

En Tlachichilco y los alrededores la gente más pobre suele comer armadillo, tlacuache, tejón y otras especies animales, que cazan para sustituir a la res y al cerdo. Y no sé por qué razón, un primo mío que es mi compadre desde hace muchos años, cuando voy al pueblo me invita a comer e invariablemente sirve tlacuache que ha mandado capturar:

no es de mi especial agrado, pero por cortesía nunca lo he confesado y ya hasta le tomé cierto gusto.

Otra cosa que era -tal vez sigue siéndolo- notable es que la gente (sobre todo los hombres, chicos y grandes) solían robarse pollos para llevarlos a los alambiques de aguardiente clandestinos, donde a cambio de que le convidara el “fabricero” permitía a sus visitantes cocinar al ave en el horno del alambique, y aun les invitaba tragos.

(Cuando era niño, mis padres me llevaron a comer a un restaurante, y cuando pregunté qué había yo comido me dijeron que ancas de rana; vomité en cascada estrepitosa, porque asocié a las ranas con los espantosos sapos que matábamos en los charcos veracruzanos. Ahora preparo ancas de rana a la mayonesa y al horno.)

Cuando volví a Pachuca debí someterme a la comida ordinaria: bisteces, pescado, albóndigas, chiles rellenos, picadillo, etcétera. Los grandes momentos eran cuando había barbacoa: la de Hidalgo es la mejor. Y los famosos pastes, ésas como empanadas de hojaldre rellenas de carne y papa (lo clásico), de distintos moles, de picadillo y hasta de aberraciones como piña y arroz con leche; y horneadas. Me siguen fascinando. Me hice fanático de las *chalupas*, que no son más que pequeñas tortillas delgadas y medio fritas en aceite a las que se agrega puré de papa, lechuga y salsa. Las venden a las puertas de casas particulares, por las noches, y son baratísimas. Nada que ver con las chalupas poblanas. Cuando voy a Pachuca procuro ir a restaurantes (sobre todo de Pachuquilla) para hartarme de pancita de carnero, de escamoles, gusanos de maguey y chinicuiles: bocados de cardenales, aunque muchos le ponen cara fea a los gusanos.

Mi dieta padeció una transformación severa cuando vine a la capital del país y me instalé en una casa de huéspedes de la colonia Roma. El menú era casi invariable: huevos en la mañana y en la tarde (huevos a güevo), picadillo o pollo para la comida. Era un martirio, de modo que cuando los estudiantes recibíamos el giro postal con nuestra mensualidad nos escapábamos a restaurantes a comer como la gente; y cuando se nos agotaba el dinero, para escapar de los huevos y el pollo y el picadillo, nos refugiábamos en un lugar de rompe y rasga al que asistían obreros, albañiles y desempleados. El changarro estaba instalado en un sótano, y sólo se servía chicharrón en salsa acompañado de frijoles y tortillas del comal. Era baratísimo: el enorme plato valía lo mismo que una cajetilla de cigarros. Un oasis.

En esa casa de huéspedes en la que viví cerca de cuatro años, había un amigo norteño (ahora es mi compadre) que con frecuencia me llevaba a su cuarto de azotea para convidarme pollo rostizado y alimentos enlatados que traía de Matamoros, mejor dicho de Brownsville, Texas. Otro oasis. Y era extraordinario acompañar a tres venezolanos que tenían una táctica para hacerse de comida en buenos lugares: iban con el gerente del restaurante y le decían que eran becarios y que no les había llegado su mensualidad, de manera que estaban muriendo de hambre y, como extranjeros, no conocían a nadie que pudiera auxiliarlos. Los restauranteros se conmovían y les invitaban lo mejor de su menú. Varias veces fui con ellos a restaurantes de lujo, como La Lorraine. Se cuidaban de no ir dos veces al mismo lugar. (Una temporada, el refrigerador de la casa de huéspedes se vio repleto de carne, y la casera la preparaba de muchos modos, así que estábamos felices, hasta que alguien hizo ver al resto que la carne tenía cierto sabor especial, y descubrimos que era carne de caballo que muchachos que habitaban las casas, provenientes de distintos estados de la República destinaban para ellos, la regalaban a la señora. ¡Casi relinchábamos!)

Al salir de esa casa de huéspedes, odié durante tres o cuatro años el huevo, el picadillo y el pollo. Y el tequila, porque pobres que éramos, comprábamos litros de esa bebida baratísima para emborracharnos los fines de semana. Mas luego me reconcilé con el pollo, el huevo y el picadillo, y los preparo y los disfruto. Ahora adoro el tequila, aunque sus precios son casi prohibitivos.

En Palenque, Chiapas, me llevaron a un sitio donde el plato principal eran sesos de chango: los disponían, crudo, en la mitad de un cráneo del animal muerto. No me atreví.

Tampoco me atreví a comer iguana en Juchitán: horripilante, aunque dicen que es espectacular.

Muchos años después, el novelista (qepd) José Rafael Calva me invitó a compartir su amplio y lindo departamento en la colonia del Valle. Compartíamos, también, bebidas y alimentos. Y Rafa era un chef de primera, cocinaba comida internacional. Poco a poco me fue enseñando trucos del arte culinario, aunque no aprendí mucho, porque prefería dejarme querer con lo que él preparaba.

En 1984 me fui a vivir a una ciudad de Estados Unidos para estudiar una maestría, y me instalé en un departamento de la unidad habitacional para extranjeros que había junto

al *campus*. Descubrí, junto con otros mexicanos y latinoamericanos, que la comida de los restaurantes universitarios era infame, intragable, aunque, eso sí, baratísima. Me di cuenta, además, que comer en otros sitios de la ciudad resultaba demasiado oneroso, así que compraba lo necesario en el supermercado y cocinaba en casa. Mis amigos no sabían cocinar, y les fui enseñando poco a poco: se volvieron obsesos por la carne de res o pollo a la mexicana, y sobre todo del chicharrón en salsa (verde o roja o chipotle). Y era que el chicharrón se vendía en grandes bolsas, como botana, y por eso resultaba muy barato: un dólar la pieza.

Por lo menos una vez a la semana compraba paquetitos de menudencias (mollejas, hígados...) y las preparaba de mil maneras (ya dije que las mollejas de pollo han sido siempre de mi agrado). Eran de lo más económico, porque los gringos las compran sólo para dárselas a sus gatos y perros. Pero me valía. Prefería eso a los Taco Bell, a las pizzas y hamburguesas, aunque éstas son generalmente buenas en los Estados Unidos.

Después de dos años volví a México, DF, y reanudé mi vagabundeo de solitario en distintos departamentos. Y con frecuencia me visitaban amigos provenientes de distintas partes del país y hacíamos comida. La yucateca y la chiapaneca me resultaron exquisitas. Los sinaloenses me enviciaron con el chilorio; los sonorenses con su carne machaca y sus tortillas de harina; los poblanos hacían mole; los guerrerenses eran proclives al pozole; los de otras partes preparaban pescados y mariscos en asombrosas presentaciones.

Como dije al principio, por razones de trabajo he visitado varias veces las principales ciudades del país. En Oaxaca me hostigo con las tlayudas, el tasajo con entomatadas, los distintos y delirantes moles, y me meto al mercado central donde siempre hay fiesta de olores y sabores. En Mazatlán ingiero mariscos como endemoniado, y en el mercado exijo tacos de marlín. En Guadalajara me atasco de birria. En Mérida como de todo, porque todo es magnífico. Y creo que lo mejor de la cocina mexicana está en el centro y en el sur del país: en el norte sólo lo clásico: la carne asada (¿recuerdan lo que dijo Vasconcelos?: “La cultura termina donde empieza la carne asada”).

Por supuesto, en Tabasco me he dado atracones de peje lagarto y de venado. En Nuevo Laredo, de cabrito (lo único bueno de esa tierra árida y sórdida). En Monterrey probé una maravilla que, si no me equivoco, se llama “perro atropellado”.

En Tepeji del Río preparan una barbacoa especial, al horno y por porciones. No recuerdo cómo se llama.

Aunque siempre ha estado prohibido su comercio, comí caguama, en varias partes del país y en el DF. No me gustan los huevos, son muy pesados (no es albur).

Aparte del armadillo relleno de mariscos que descubrí en el puerto de Veracruz, enloquecí con el abulón de Santa Rosalía, Baja California (y pervertí mi gusto para disfrutarlo, enlatado, con su salmuera y limón y cebolla y chiles verdes).

También en Baja California, pero en Ensenada, me he regocijado con el mejor salmón del planeta.

De todo lo anterior puedo preparar muchos potajes. No sé hacer arroz, pese a los consejos y recetas que me han dado. Hacer chiles rellenos me da flojera. En cambio, puedo preparar pescados de mil formas. Mi almuerzo favorito (y de mis hijos) son unas lonjas gruesas de jamón fritas con tocino, sobre los que pongo huevos estrellados bañados en salsa de tomate. (Me salen fabulosos los huevos duros en salsa rusa.)

(En el centro de la ciudad de México, hay un restaurante de comida exótica (*¿Don Chon?*), donde ofrecen carne de víbora, de bisonte (Vicente Quirarte me convidó de éste), león, y borrego cimarrón: de lo mejor.

Cuando he estado en otros países pido los platillos típicos de cada cual, y me he llevado sorpresas de distinto calibre: cosas espantosas y otras como caídas del cielo. Me asombra la variedad de la comida española, la francesa y la italiana. La comida china (aquí y en China) no tiene pierda. No me gusta tanto la japonesa. Sí, y mucho, la griega.

Cuando estuve en Israel dando clases en la Universidad Hebrea de Jerusalén, debí acostumbrarme a la división que los judíos hacen entre carnes y lácteos, pero descubrí que en los restaurantes donde asisten los estudiantes puede comerse como Dios manda: pescado (los mariscos están prohibidos), pollo en diferentes presentaciones, riquísimas ensaladas y, sobre todo, lengua que parece estar cocinada por veracruzanos: uno de mis platillos predilectos. Los días de guardar, cuando las actividades se suspenden y cierran todos los comercios, debía refugiarme en sándwiches que en realidad son tortas tipo mexicano (me envié con las de salmón); hasta que pude escaparme a los sectores árabes de Jerusalén, y entonces me volvía loco con tanta sabrosura de los platillos árabes, incluidos sus finísimos panes. Si no, me iba a la lujosa Colonia Alemana, donde se

encuentra literalmente de todo, desde McDonalds hasta restaurantes argentinos. (En Tel Aviv no hay ningún problema: hay comida internacional.)

En fin, puedo jactarme de haber comido casi de todo, hasta carne de caballo, y por lo tanto, aunque no sé preparar la mayoría de los potajes atrás mencionados, repito lo que alguien dijo con sabiduría: no sé hacer sopa, pero sé cuándo está buena.

TURBOCRÓNICAS

MARCO AURELIO CARBALLO

La barra kilométrica

La sesión de cinco horas de blablablá con media para tres cafés y exquisitas galletas había terminado. Ante la mesa, un poeta metido a periodista y yo charlamos como si fuéramos viejos amigos. Del oficio de periodista, claro, porque en la adolescencia fracasé como poeta. Él no, pero ¿de qué vivir?

Al final de la sesión en el Centro Cultural de Tijuana (Cecut) preguntaron si quería hacer algo. Años atrás hubiera pedido suave corte de tres cuartos de kilo y tres cuartos hecho, con ensalada verde, luego de tres lingotazos de whisky. El anfitrión escogería el vinillo y al final café exprés doble y postre de la región. ¿Cuál será en Tijuana? Mas primero era el deber y luego el placer: teclear una de tres columnas semanales. Iba a reducir a su mínima expresión dieciocho notas informativas.

En ese viaje evoqué la barra más grande del mundo y un salón de baile formidable lleno de viudas y divorciadas gringas. Hice el recorrido con Elva Macías, Eraclio Zepeda y Jesús Morales Bermúdez. Cuando leía sobre Tijuana esos dos sucesos venían a mi mente.

Frívolo. También una frase de Elva.

Con Elva, Laco y Jesús conocí la barra y aquella pista de baile, a fines del siglo anterior, invitados por la universidad para platicar de nuestros asuntos. Poesía, narrativa y ensayo, en ese orden. Olvidé si la barra más grande del mundo tenía en su apogeo una cuadra de largo, o así, reducida después a la mitad.

El sitio para viudas y divorciadas nos impresionó. Si quiero visualizar el lugar recuerdo la pista bien iluminada y a las parejas bailando. Ellas rubias y de cabello corto con sus vestidos policromos pastel y ellos morenos, bailarines y *fajadores* bilingües. Alguna vez

escribiré un cuento, pensé entonces. Aún no siento el impulso. La avenida Revolución decayó desde hace unos tres años a causa del narcotráfico.

También eran para mí otros tiempos. Así que me encerré en mi suite porque era suite, si bien, cuando el botones explicó lo elemental para cualquier huésped, tuve un sobresalto al ver el baño de tina. No debiera ocurrir con un ratón de hotel. Un ratón de hotel quiere saber todo de su casa aunque sea por dos noches y tres días como se dice en la jerga hotelera. Entonces recordé la frase de Elva Macías cuando les pedí unos minutos a los tres. “Ya sé que ustedes los costeños se bañan dos veces al día”, dijo.

Con el alma en los mocasines

La tarde del viernes, cuando llegué al hotel de Tijuana y el botones abrió y dijo aquí está el baño, entrando a la derecha, sentí el alma en los mocasines. La tina era circular y enorme. Yo sólo quería una simple ducha. Odio las tinas. Soy de la costa de la selva y, si de chamaco acostumbraba flotar en las pozas de los ríos de mi pueblo, tres, uno en el oeste y dos en el este, a mi edad el trámite del baño es como de soldado. Quince minutos y punto y se acabó.

Pero me distrajeran otros aspectos de la suite... Al enterarme, no recuerdo a qué hora, de que era suite, me dio lo mismo, y si lo era pues ¿qué tendría de especial? Las hay en los hoteles de mi pueblo. Una suite tiene recámara y sala. En la sala, escritorio y lámpara y una silla. Para teclear y sobre todo para corregir.

Ensombrecían la sala cortinas angostas de tela oscura por cuyas uniones como rajadas entraba una luz plateada demasiado luminosa. Los sofás estaban para dormir la siesta o para ver la tele. Dos de plasma. ¿Qué vería esa noche? Fut y al día siguiente boxeo. Ahí fue donde vi correr de frente a Giovanni dos Santos por la banda izquierda como una locomotora de vapor humana. ¿Por qué la tele desaprovecha esas tomas? ¿Por qué siempre son las mismas?

La otra tele estaba frente a la camota para gente del norte de más de uno ochenta. Por equis razón, cierta noche al llegar a la casa del periodista y escritor Hugo Leonel del Río me llevó a saludar a Mirna a la alcoba. La cama enorme que parecía cama para gigantes ocupaba todo el cuarto. Mirna, de estatura normal, leía en un costado. Hasta la madrugada estuve midiendo a Hugo mientras nos zampábamos en la sala muchos pálidos jaiboles. Él

es del norte y alto, pero le calculé poco menos de dos metros de estatura. Sin duda así son las camas por allá, concluí.

La tarde del viernes me recosté en la camota de la suite a leer un tomo de Sándor Márai y cuando sentí ganas de hacer pipí busqué el sitio apropiado. Me dirigí hacia donde estaba la tinota. Pero no era tina, reparé, sino un jacuzzi. Debe haber un baño normal, pensé. No estoy para zangolotearme y ser atacado con chorros de agua como en un psiquiátrico. En efecto, detrás de otra puerta estaba la regadera y el lavabo y el escusado.

¿Por qué nunca sentí emoción con el jacuzzi si era como si retozara en la poza del Coatán, del Tescuiyapa o del Cahuacán con agua del río que nunca es la misma? Por eso.

Mejor la silla eléctrica

Al girar en Balderas, querido Nano, vi que no sucedería el milagro de la cancelación. Ahí estaba la masa entrando al Teatro Metropolitan. No iba a quedarme, te dije, pues debía llevar un recibo de honorarios a *La Prensa*. Los actos de masas quedaron arrumbados para mí en el siglo XX, podría haber argumentado. Pero dos sentimientos retorcían mis tripas: la neurosis y que un asiento quedara vacío.

¿Cuál ha sido mi peor acto? Todos. Oigo cualquier discurso político y siento el ataque feroz de la pelagra. Entre un discurso y la silla eléctrica, prefiero la silla... Siempre escogí teclear la nota de color o hacer entrevistas. Otro redactaba la nota del discurso. Jefes de prensa pelmazos te lo subrayaban para que tú, subnormal, supieras dónde estaba la nota.

Peloduro, me dijiste luego de despedirme de Enrique. A media cuadra entré a un restaurante de plástico y con medio litro de café aguado y muchas páginas de Flaubert, el ánimo resuelto me hizo volver. Deprisa hallé el caminito por el laberinto enrejado y las edecanes evitaron cualquier desvío.

¿Será nueva la butaquería de aquel excine enorme? Sentí ganas de sacar el libro de Flaubert... Me distrajo la pantalla gigante de cierta ayuda en el reporte. Ahora sientan a medio centenar de personajes en el escenario. Dos colegas estaban ahí, derechitas. Bien por ellas. El jefe de gobierno, twiteando, no es tan alto como en la tele, observé, y Encinas es más bien bajo de estatura.

De la galería se elevó el rugido portentoso de la masa cuando mencionaron a la Padierna y a un diputado. Esos sí están maiceados, dijo sonriendo Jorge Meléndez. El Gordoche permanecía de pie como todo reportero sagaz.

Desoí el discurso del señor almidonado con lenguaje casposo de hace siete sexenios. No oigo. No oigo. Soy un árbol seco por la lluvia ácida. ¡La señora de Wallace discurseando! Ya la cooptaron.

Enseguida, el segundo informe de la estrella, de la próxima jefa de gobierno, de blanco hasta el huesito. Buen inicio con esos convenios de la UNAM y del Poli. Ahí entendí la razón de la presencia del puma Enrique del Val. En los convenios hay nota. ¿La leeré completa, al detalle? No es tu asunto, Nano. Lo tuyo salió bien. Tu gente bien situada por los vericuetos de la alfombra raída. Aunque te remitan a los colegas si el engrudo se les enreda. Salí dominado por el sentimiento de haber cumplido... Rápido y sin furia.

En este pueblo no hay... ricos

Entonces fue cuando entró al santuario Armando Olvera Hernández (AOH), como Clint Eastwood en *Por un puñado de dólares*, y el tema giró trescientos sesenta grados. De la ciencia vs. las religiones (el tema de Guscús) hacia ¡la bolsa de valores! Luego del saludo y del abrazo estilo diputado matraca, de parte de los tres, el catedrático nos dio una clase sumaria de cómo funcionan la Bolsa de Valores y de cómo él se informa leyendo diarios nacionales y los de Argentina y de España por Internet.

Le pregunté por qué no escribía en un periódico local para divulgar sus conocimientos. Nadie lo había invitado, mas aprovechaba el dominio del tema para escribir libros. Por ejemplo, uno de ellos es *Un poco de historia de la Bolsa de Valores de México y algo más* (UNACH-SPA, 2010). Habló de uno listo para publicarse, recién actualizado, inédito por pichicaterías de los patrocinadores.

Podrían entrevistarle en cada crisis económica, pensé, para que un local hablara con el lenguaje local sobre equis problema financiero mundializado. Tiene experiencia en bancos, inversiones y sobre emprendedores municipales, labor frustrada por la municipalera grilla burocrática.

Desde luego hay mil preguntas qué hacerle pero ya me había pasado el tiempo (cien pesos o una hora en el santuario de la cervadura) y resolví irme mucho a... dormir la siesta.

Temía la caída de un pijazo de agua que me llevara dando machincuepas al Pacífico, vía cualquier zanja infame.

Gusgús con dos vodkas en el buche decidió acompañar a AOH a lo del Chocolate, como dicen los gringos. Yo corrí a mi cuarto de hotel a dormir la mona de dos aguas minerales en las tripas, el caldo aguado, según AOH, media docena de tacos fritos, y frijoles charros.

De haberlo entrevistado tendría ya la entrada: “En este pueblo no hay... ricos”. Los verdaderos ricos, dijo, son quienes cotizan en bolsa, y los empresarios locales no alcanzan ni la tercera división, dicho sea con el respeto de 50 millones de pobresdiablos. Por supuesto las sucursales de las grandes empresas de Tapachula son inversiones foráneas. Las utilidades de Chedraui, de segunda división, vuelan a Veracruz sin ver atrás.

Armando Olvera Hernández dijo que la espumosa es más barata en la cervecería del Chocolate, pero sin botana. Deportistas, veteranos o no, y a partir de ahora Gusgús, aporreateclas, constituyen la vigoréxica clientela.

marcoareliocarballo.blogspot.com

Los Trancos

Carlos Bracho

TRANCO I

En este Tranco que envía nuestro ínclito y nunca bien ponderado amigo, el maestro Carlos Bracho, nos lleva de la mano por los caminos del coraje ciudadano, de la rabia manifiesta de todos los mexicanos, y aunque no hace un recuento de la represión gubernamental en el oscuro y sangriento mes de octubre de 1968 ni la matanza de los halcones, sí nos dice del malestar profundo que la clase trabajadora -la clase dominada- carga sobre sus espaldas. Y este siete veces H. Consejo Editorial, que milita siempre con las causas más nobles de esta sociedad nuestra, que siempre está trabajando a brazo partido por las reivindicaciones y con las aspiraciones de superación y bienestar de todos los ciudadanos, siente que lo dicho por

el maestro Bracho es un grito más, un airado reproche, una voz fuerte que se lanza a los cuatro vientos de la democracia -la poca que los gobiernos de derecha nos han dejado-, y cierra los puños para pegar o golpear a todo aquel, a toda aquella diputada o político encumbrado que se la vive gozando de sus altas entradas monetarias y que se sienta en la curul para aprobar todas las modificaciones lesivas y regresivas de los planteamientos que fueron de avanzada social de la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos. Y sí, hoy con los más de cuatrocientos -¡vaya pues!- cambios a los artículos que señalaban la protección al trabajador, al ejido, al petróleo, a los bienes nacionales, hoy -dice este cuerpo Editorial-, el hoy salinista, foxista y calderonista, nos ha hecho ser una colonia más de los dueños de la charola del dinero. Sí, para la clase dominante todo, y todo es todo: leyes secundarias para su beneficio, impunidad, información privilegiada, ser dueños de casinos explotadores y denigrantes, ser los propietarios de playas, mares, tierras, minas y aguas y aire... y gozar de la impunidad. Y sigue la mata dando, sigue el actual presidente una línea de entrega a la derecha fascista, y la clase dominada: trabajadores, obreros, campesinos, estudiantes, educación básica y universitaria, amas de casa, indígenas, profesores, creadores, artistas; para esta clase, impuestos arbitrarios e injustos, aumentos a la gasolina, al gas doméstico, al agua, a la electricidad, al predial, y a todo, nada más hace falta que, como en las peores épocas del dictador Santa Anna, se pongan impuestos a las ventanas. Nada más eso falta. De veras. Pero, en fin, todas estas quejas nos las ha provocado el señor Bracho. Será mejor dejar este espacio para que ustedes lectoras insumisas vean el porque de este prólogo ardiente:

“Para que le digo a usted, amiga no panista, lo malo de la situación política, económica y social, ¿para qué insisto en ello? ¿Para qué? Usted, amiga, lo vive, lo sufre, lo tiene presente. Y como yo también estoy con el agua hasta el cuello de tantos crímenes, tantos asaltos, tantos asesinatos, tantos descabezados, tantos entancados, tantos fusilados, que, con la temblorina de piernas que me agarró este negro panorama, no me quedó otra que meterme a Mi Oficina y pedirle a mi amada María que colocara una ringlera de siete caballitos de tequila blanco, del que raspa, y que en la rocola me pusiera las canciones de José Alfredo Jiménez. Sí, señora mía, señora lectora, para que más que la verdad, le digo a usted que no soy sacatón, no, lo que pasa es que para tomar fuerza y aire necesito esa bebida y con ella adentro poder sacar toda la rabia contenida y con el molcajete con

rebanadas apetitosas de queso Cotija, chilitos de árbol, guacamole y tortillas de maíz morado, encontrar una cierta paz. Sí, las penas con pan son menos.

Pero quería yo decir que también hay en el enrarecido y fascista ambiente un griterío generalizado. Todos los trabajadores coinciden en ello: los programas económicos que se aplican en este nuestro Mexicalpan de las Ingratas, han resultado acciones que van en contra, o ejercen una presión perversa en el salario y disminuyen además las prestaciones sociales, afectan negativamente la jubilación, pegan severamente en las conquistas plasmadas en los contratos colectivos. Los salarios de todos los obreros han sido castigados sin piedad y el poder adquisitivo del mismo presenta un panorama gris tirando a negro. Sí, la carrera Salario-Precios está perdida desde que en nuestra nación mexicana se dieron los primeros pasos para obedecer los mandatos de los dueños del capital. En este país, antes mexicano, las sogas para oprimir al trabajador y al campesino, empezaron a ceñirse con fuerza maquiavélica desde los tiempos de Miguel de la Madrid, y luego llegó Salinas cuyo gobierno priista apoyado de cabo a rabo por los funestos panistas, apretó y apretó y apretó, y la soga, atada al cuello y al estómago de los ciudadanos, se hizo delgada por el tirón. Luego arriba a la silla grande el cínico y aprovechado señor Zedillo -que participa como beneficiario de las operaciones y puestos que obtuvo de varias propiedades de la nación y que vendió luego en gran venta de garaje. Este presidente tensó la susodicha cuerda a tal grado que ésta parecía ya una cuerda de violín. Los trabajadores del campo y la ciudad ya no sentían lo duro sino lo tupido. Y los panistas felices, aplaudiendo y los panistas sonriendo y los panistas gozando y los panistas veían su terreno limpio abonado por otras manos y agazapados esperaban el turno para darle más vueltas a la soga. Dejaban que el PRI se desgastara, y claro, se preparaban como zorros malignos y como vampiros nefastos desde su sitio de “gente decente”, para dar el zarpazo final, para apretar la cuerda hasta que ésta reventara en el cuello de los trabajadores. Y así fue. Sí, llegó el señor Fox y este personaje infumable dio un apretón ranchero y criminal a la maldita soga. Pero no bastaba para acabar con degradar y vender y traicionar la Constitución y los postulados revolucionarios, no, faltaba que llegara al poder “haiga sido como haiga sido” el señor Calderón, y eso, amigas no pripanistas, amigas juaristas y zapatistas, eso fue el acabose. Este señor lleva en su cuenta más de cuarenta mil muertos, para empezar la hilera de desmanes, traiciones y muertes; a esto se agrega la violencia generalizada, la impunidad, y

la pérdida de la soberanía nacional. ¡Adiós Juárez! ¡Adiós Morelos! ¡Adiós Lázaro! ¡Adiós virtudes democráticas! ¡Adiós república! ¡Adiós a la paz! ¡Adiós a las leyes justas! ¡Adiós a la soberanía! ¡Adiós México! ¡Viva la impunidad!

¡Viva la podredumbre! ¡Vivan las ganancias criminales de los políticos! Y como decía el dramaturgo mexicano Luis G. Basurto: ¡Vivan la prostitución y el vicio!

Digo ¿No? Vale. Abur.

www.carlosbracho.com